

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO IV

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA  
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
2008

## NÚMERO 201

## Diálogo sobre la independencia de la América española, entre un entusiasta liberal y un filósofo rancio

*Diálogo entre la independencia de la América Española, entre un entusiasta liberal y un filósofo rancio.*

*Entusiasta.* ¡Oh! ¡mil y mil veces feliz la combinación de los sucesos políticos en la Europa turbulenta y esclavizada, por que en fin proporciona la dulce libertad, y ríos de gloria envidiable y hermosa a los pueblos del hemisferio americano! Sombras de Cortés y de Pizarro, y las de toda esa nube de aventureros ilustres y desesperados, que desde las columnas de Hércules habéis venido a turbar la paz de los inocentes antípodas que la osadía del impávido Colón descubrió a la codicia insaciable, y al genio tiránico y orgulloso de los Europeos; temblad en los mismos campos elíseos, o en las cavernas tenebrosas del profundo Tártaro; pues las cadenas infames y ensangrentadas con que atasteis a los habitantes del Nuevo Mundo, y que los déspotas altivos de la España no han cesado de remachar en el periodo oscuro y funesto de tres siglos, han caído de sus manos; y los hijos preclaros y generosos de estas regiones en que la naturaleza prodigó sus tesoros y sus dones más excelentes, van a cubrir de oprobio eterno la memoria de vuestras hazañas exterminadoras, y a ser la admiración del universo, encumbrándose al rango más sublime y grandioso de las potencias libres, y obscureciendo el mismo esplendor de los griegos y romanos en sus épocas mas brillantes. ¿Qué dice vuestra merced caballero filósofo? Creo que vuestra merced pensará como yo en este particular. Su filantropía le dictará los mismos sentimientos; y su larga experiencia, y estudio profundo en el derecho natural, en la

política, y en la historia de las naciones, le convencerán de la justicia con que la América abandona a los españoles, y de la energía admirable con que se apresura a establecer su independencia. Seamos francos e imparciales; este paso es hermoso; y los que le han dado serán en todas las edades el embeleso y la veneración de las almas sensibles.

*Filósofo.* Perdonad, joven sencillo; yo no veo la luz de la razón en las pomposas y rimbombantes freses que acabáis de pronunciar; soy franco, y no debo adularos. La independencia de la América es una empresa demasíadamente temeraria; la vanidad y la ambición de pocos individuos han promovido ese proyecto, más desatinado sin duda que los de Don Quijote. ¿Saben acaso los que forman la revolución de la América, hasta donde camina el movimiento que han dado a las pasiones y a los intereses opuestos en un suelo tan dilatado, y cuyas provincias quedan tan distantes unas de otras, como insociables o incapaces de acordarse entre sí los sentimientos y las ideas, la conveniencia y el carácter particular de los habitantes que las ocupan? ¿Saben lo que se necesita para que una revolución pueda ofrecer buenas esperanzas, y no se convierta en un torbellino de plagas destructoras, y males espantosos? ¿Saben qué grado de luces, de civilización, y de virtudes es indispensable para elevar los pueblos a la regeneración política, y a la libertad civil? Su conducta prueba evidentemente, que nada de esto saben; y que su atolondramiento los arrastra al mayor de los precipicios. Yo no entro ahora en la cuestión de derecho para examinar si los americanos pueden justa y legítimamente separarse de la obediencia del gobierno español, y constituirse como estados libres e independientes. Se, que la soberanía reside originariamente en el pueblo; y por consecuencia, que este en cualquiera tiempo y en cualquiera país del mundo puede reclamar y reasumir sus derechos originales para mejorar su situación, y constituirse de nuevo bajo la forma de gobierno que le parezca más ventajosa y conveniente; pero la dificultad, a mi entender, está en no abusar de este

principio, y en no confundir con los derechos y la voluntad general del pueblo el interés, y las miras particulares de los genios díscolos, turbulentos, y ambiciosos, porque siempre que esto suceda, el pueblo mudará de gobierno, y de mandatarios, pero no saldrá de la infelicidad, y arrastrará dentro de poco, sin poderlo evitar, cadenas mucho más pesadas y vergonzosas que las que creía haber despedazado. Ve aquí lo que ha sucedido en Francia, y en todas las naciones o pueblos desmoralizados que se han dejado alucinar por los hipócritas de la libertad; y lo mismo sucederá precisamente y con mayoría de razón en la América. Los criollos empiezan ahora su guerra desoladora y horrible contra los europeos; los negros y los mulatos, en los países donde abundan, la empezaran después contra los criollos; y donde no hay negros y mulatos, la empezaran los indígenas, reclamando los derechos de sus antepasados. Es preciso cegarse voluntariamente para no ver estas consecuencias inevitables y los horrores próximos de la mortandad, furor, y devastación. Después de esto acabaran los americanos por someterse al yugo de los extranjeros que se presenten a invadir su país, y a dominar sus puertos; ciudades, y puntos más interesantes. ¿Quién es el que no ve a las naciones más ambiciosas y especuladoras fijar ardientemente los ojos sobre las convulsiones y los movimientos de la América para espiar la ocasión de adquirir lo más que les sea posible, en medio del trastorno y la disolución de que están amenazadas por el genio del mal las islas y provincias españolas de este opulento y dilatado hemisferio? Las potencias o estados limítrofes son los que tienen un interés más inmediato, o los que han concebido una esperanza más lisonjera de extender su dominación, y saciar la sed hidrópica del oro en estos deliciosos y ricos países. Nada es más evidente que la combinación de sus cálculos y empresas en esta crisis fatal; ¡y desgraciado el pueblo que se deje seducir y deslumbrar por halagüeñas pinturas de una felicidad quimérica, o por falaces y pomposas promesas, que se convertirán por último en los gigantescos proyectos de

someter la América toda a un solo yugo, y de arrastrarla, en este caso, o en otros semejantes, a un choque terrible y sangriento entre las potencias rivales, que aspirarán a tomar parte en los despojos del imperio americano, y continuarán en este suelo favorecido por la naturaleza la lucha más espantosa, y todas las escenas de horror a que dan lugar la ambición, y el orgullo de las naciones guerreras y emprendedoras. ¡Qué lastimoso y melancólico espectáculo se ofrece a mi imaginación! Alabad, pues, a esos famosos regeneradores, que yo no hallo motivo sino para detestarlos. Lo humanidad y la justicia claman altamente contra ellos, porque deslumbran y engañan al pueblo sencillo y crédulo para sepultarlo en una cima de horrores, y labrar su fortuna y su elevación personal sobre las ruinas y la miseria de su patria.

*Entusiasta.* Vuestra merced piensa con demasiada melancolía; es preciso tener valor y grandeza de alma. Los hombres nunca han trepado a la cumbre de la gloria, sino por medio de trabajos y de sacrificios imponderables.

*Filósofo.* Y ¿dónde están esos héroes admirables, esas almas templadas con la virtud, y con la fiereza sentimental del amor de la gloria, entre los sibaritas o los indios estúpidos de la América? Amigo; la imaginación de vuestra merced se deleita en el país de las quimeras.

*Entusiasta* No por cierto; examino, las cosas en su verdadero punto de vista; mas no me acobardan los obstáculos que se pueden vencer, y ante los cuales titubean solamente las almas débiles. Y ¿qué quiere vuestra merced? ¿Que los americanos sigan con los brazos cruzados, y la cabeza baja, sufriendo el despotismo atroz de los virreyes, gobernadores y autoridades constituidas por el gobierno español? ¿Que obedezca a este mismo gobierno que ha perdido la Península? ¿Que no ha sabido defenderla? ¿Y que se halla ya confinado dentro de los muros de Cádiz? Sería el extremo de la imbecilidad, y de la locura.

*Filósofo.* Poco a poco; ya toca vuestra merced el grande argumento de los regeneradores americanos; y no puedo menos de decirle, que es un pretexto inicuo, absurdo, y contradictorio de que se valen los revoltosos para dominar y destruir a la América. Si el gobierno español oprimía a los americanos; o si los virreyes, gobernadores y mandatarios europeos abusaban de su autoridad, y vejaban a los pueblos en esta parte del mundo, ¿No estaban remediados todos esos y otros males con las Juntas Supremas de Gobierno? ¿No se las concedió el mismo gobierno español para que atendiesen a su felicidad interior? Luego; la queja es infundada, luego; el argumento es contradictorio. ¿Hubo jamás un gobierno en el mundo que dispensase a sus colonias tanta generosidad como el español? ¿No declaró a todos los americanos libres e iguales a los españoles europeos en todos sus derechos y prerrogativas, y formando con ellos una sola familia de hermanos? Luego no es este el motivo de la separación; y menos lo puede ser la calumnia de que el gobierno español ha perdido la Península. ¿Cuál otra nación ha desplegado más valor y firmeza contra los ejércitos formidables, y todo el poder colosal del tirano de la Europa? Tres años de lucha sangrienta, de calamidades, y de horror no la intimidan; su heroísmo ha sembrado con mas de 300,000 cadáveres franceses el suelo ilustre de los Pelayos, Ramiros, Alfonsos y Fernandos; y cada día se presentan los españoles más resueltos y más intrépidos en la lid que inmortaliza su gloria. Mas ¡ay! ¡los americanos en vez de partir con ellos esta gloria envidiable y sublime, los abandonan, y contribuyen directamente a las miras del tirano! Y ¿son estas las almas recae de virtud, de filantropía, de honor, y de sentimientos elevados? ¿Es este el *paso hermoso* que demanda aplausos? No nos dejemos alucinar; los revoltosos de la América se cubren de oprobio por su negra ingratitud, y por su ambición desmesurada y ciega. QUITAN a la España un apoyo firme y poderoso para su heroica defensa, y asesinan a sus mismos hermanos, sumergiéndolos en

los abismos espantosos de una revolución desgraciada.

*Entusiasta.* Ya veo que vuestra merced se halla fanatizado por la gloria efímera de los españoles europeos; y que es enemigo de la libertad de la América. Le parece a vuestra merced poco el que haya sufrido tres siglos de esclavitud, de embrutecimiento, y de miseria.

*Filósofo.* La gloria de los españoles en esta época, es la más sólida y pura que pueden conseguir los hombres; es superior a todos los elogios; y será la admiración de las edades venideras. Yo no soy enemigo de la libertad de le América; pero soy de los que trabajan por desgarrarla, y hacerla el teatro de la devastación, y de la infelicidad más horrorosa. El gobierno español le había ya proporcionado medios para que saliese del embrutecimiento y de la miseria, y para que olvidase los tiempos ominosos de su antigua esclavitud; pero sus falsos regeneradores se oponen a este bien, y van a destruirla con la esperanza de elevarse sobre sus ruinas y desolación.

*Entusiasta.* Yo pienso más alegremente; cada uno tiene su opinión; y el tiempo decidirá, manifestando quien es el que se engaña en estos calculos. ¿Quiere vuestra merced oír un bello discurso? Contiene rasgos enérgicos, y periodos hermosos de una elocuencia persuasiva y encantadora, y máximas luminosas de política y filosofía. Helo aquí en este folleto que acaba de salir a luz. Tiene por título Manifiesto o satisfacción pundonorosa a los buenos españoles europeos, y a todos los pueblos de la América, por un diputado de las cortes reunidas en Cádiz; y aunque no trae fecha, ni el lugar donde ha sido impreso, es fácil de conocer que se imprimió, poco ha, en la capital de Pensilvania.

*Filósofo.* Lea vuestra merced pues, si gusta; que yo le escucharé con atención. Paréceme, que adivino que obra es esa; y tal vez que ella vuele ya sobre el Cabo de Hornos, y desde el uno al otro mar extienda el grito de la revolución.... En fin tenga vuestra merced

la bondad de leerla, si no es muy larga.

*Entusiasta.* Lo haré con la mayor complacencia; mas exige, que no me interrumpa vuestra merced hasta concluir la lectura; y que me oiga sin prevención.

*Filósofo.* Está muy bien; ese es un deber mío.

*Entusiasta.* ¿Ha oído vuestra merced? ¿No tenía yo razón en decir que hay pedazos hermosísimos en esta obra? De vuestra merced su voto con la imparcialidad y el candor que deben formar la divisa de un filósofo.

*Filósofo.* Yo he notado, que el objeto que se propone el autor de ese folleto es justificar su conducta militar y política, y el paso que ha dado, abandonando el congreso nacional, y la Península, sin permiso alguno, es decir, que se fugó. En cuanto a la primera parte; no sé a que viene la decantada justificación, pues no me consta que se le haya acusado, ni él lo insinúa. Esto es lo que se llama vulgarmente curarse en sano. Fácil es, no obstante, descubrir el motivo por que lo hace. Quiso llamar la atención pública, y darse importancia, a lo menos en los países a que dirige su proclama incendiaria. Formó el elogio de sus talentos y de su pericia náutica y militar; y el de sus virtudes, y sentimientos elevados. Como en tal empeño no cuesta nada la profusión, el cuadro ha salido brillante y pomposo, a pesar de que todo su fundamento son unos certificados simples que vuestra merced sabe no hacen fuerza alguna a los filósofos, y críticos sensatos. *Oh! curas hominum! oh! quantam est in rebus inane!* Compadezcamos esa debilidad juvenil, que no es un delito, y que, según se anuncia, no puede causar daño a nadie. Yo no conozco al autor; y acaso será verdad todo lo que dice de sí mismo; pero sería bueno, que se familiarizase con la máxima de Rochefoucauld; que el demasiado orgullo corrompe las más bellas acciones. Por lo que mira a la segunda parte, la correspondencia interceptada en la isla de Santo Domingo, es la que debe decidir en el caso; y todo lo que se diga sin vista de

documentos, es azotar el aire con palabras vanas. Pero yo sé, que el carácter de la inocencia es puro y firme; *non vultus instantis tyrannimente quatit solida*; y el que no se encuentra manchado, a nadie teme.<sup>1</sup> No es en el fondo de la Pensilvania, sino en Cádiz, donde el agraviado debía sostener el brillo de su honor, y la pureza de sus sentimientos con la constancia generosa e incontrastable que ha caracterizado siempre a las almas fuertes, cuando no las abate el remordimiento. Mas sea de esto lo que fuere, yo pregunto; ¿A qué conduce la sátira animosa y denigrativa contra el congreso, y el gobierno español? ¿A qué conduce el furor atrabiliario de las personalidades contra los ministros, sin perdonar al honor del mismo Canga Arguelles, de quien hace una excepción, y un elogio? ¿No es esto caer en el frenesí del que, cerrando los ojos, acometía a galope tendido a los molinos de viento? Aún cuando sean ciertas las anécdotas que refiere de algunos diputados en cortes, nada prueba para su intento. Desde que ha habido asambleas de esta naturaleza, se han visto siempre los efectos propios de la diferencia de educación, luces, preocupaciones, temperamento, pasiones, e intereses de los hombres. En Atenas y en Roma sucedía lo mismo; en Londres y en Washington se descubre la misma enfermedad que es endémica en el genero humano; y sería un fenómeno superior a las leyes de la naturaleza, si en las cortes de la nación española no apareciesen jamás semejantes debilidades; y si de repente se convirtiesen, sin saber como, en una asamblea toda compuesta de sabios profundos, de genios extraordinarios, y de justos incorruptibles. Es un delirio, o una sandez, el exigir semejante fenómeno; y una puerilidad ridícula el hacer mérito de tan frívolas y despreciables anécdotas.

Lo que encierra la del duque de Orleáns, es cosa más formal; y sabemos, que el

---

<sup>1</sup> A man who pays a sacred regard to divine and human laws has no reason to fear a wicked man. Es máxima de un sabio in les; y que la razón claramente demuestra.

gobierno español tuvo motivos justos y poderosos para hacerle salir de Cádiz. La Europa admiró su venida a esta plaza; mas no pudo extrañar su pronta salida de ella, porque los motivos están bien al alcance de la política; y porque nadie ignora, que el prurito de *regenciar* es antiguo y dominante en la familia de Orleáns.

*Entusiasta.* Y ¿y para qué le llamaron a España?

*Filósofo.* Fue un atolondramiento de la primera regencia; y se evitó en tiempo el mal que podía haber sido causa. Esa filantropía, ese heroísmo, y esos grandes talentos y virtudes que exalta en el hijo de *Felipe la igualdad* el autor del folleto, son tesoros ocultos; y bien podían haberse manifestado en Nápoles y Sicilia para confundir a los napoleones.

Yo no veo sino acrimonia, impetuosidad ciega, y nimiedades rastreras en el ponderado folleto. Dice, que el congreso nacional esta dominado por el influjo ministerial, y el extranjero; y al mismo tiempo refiere lances y propuestas en que el congreso no adhirió a los votos y demandas del extranjero, ni a las del ministerio. ¡Bella lógica! La imaginación acalorada se figura espectros y fantasmas terribles donde nada existe que no sea común y sencillo. El que haya en las cortes un partido ministerial, lo deben creer todos; siempre lo ha habido en tales casos, y en tales asambleas; y el choque de este partido con el de la oposición es el que sostiene el equilibrio de la rectitud y de la sabiduría. ¿Puede haber cosa más notoria ni más bella que esto choque y lucha continua en el parlamento británico? Él es el que mantiene invulnerable la constitución, y el que perpetúa la grandeza y el esplendor admirable de la nación inglesa. Que los extranjeros intriguen cerca del gobierno español, también es cosa inevitable y común desde que hay gobiernos; y desde que la política ha echado mano de todas las astucias y medios para lograr el buen exilo de sus proyectos. ¿Cuál es el gobierno, y la corte en que no se practiquen estas mismas artes y manejos, que constituyen parte de la táctica diplomática?

Yo pudiera igualmente rebatir y desvanecer lo que insinúa el folleto contra los ministros Heredia y Bardaxi; su patriotismo y honor están bien acreditados, no obstante las calumnias de los malévolos; pero no me propongo hacer aquí la apología de ningún particular; y mucho menos, cuando son tan fútiles e inconsecuentes los cargos o invectivas que les dirige el folleto. La conspiración que él supone haberse tramado en Cádiz por los tres ministros Heredia, Larrumbide, y Bardaxi, contra las cortes, es un sueño extravagante; ni aún guarda el carácter de la verosimilitud que debe reinar en las mismas fábulas y novelas. ¿Cómo podrían las cortes dejar en pié un triunvirato resuelto a exterminarlas? ¿Cómo podría este mismo triunvirato hacerse obedecer y respetar en Cádiz, y en las provincias libres de la Península? ¿Cómo lograría el apoyo del extranjero? Y Canga Arguelles, que comprometió a los del triunvirato, y faltó a su deber para con las cortes, y la nación entera, ¿Cómo existe aún en el ministerio, y goza de la confianza pública? No puede haber cuento más absurdo y contradictorio.

*Entusiasta.* A mi tampoco me hace fuerza, ni habla oído hablar jamás de semejante cosa. He preguntado a diferentes personas que se hallaban en Cádiz por aquel tiempo; y ninguna sabía de tal acontecimiento, ni ha visto acercarse a la plaza las tropas de que habla el folleto; mas esto puede haberse practicado con el más profundo secreto, y con toda la sagacidad imaginable.

*Filósofo.* Ríase vuestra merced de tan disparatadas ficciones. Y ¿puede creerse, que dos virtuosos ancianos, como Agar y Ciscar, se hayan prestado a una conjuración? No faltaba a su mérito, y a sus cartas venerables, sino esta calumnia.

*Entusiasta.* Convengo en que hay mucha animosidad, o mucha bilis en el autor del folleto; mas también es preciso confesar, que en muchas cosas tiene razón. ¿Qué juzga vuestra merced de los rasgos breves, sublimes, y luminosos con que censura al proyecto de

constitución presentado a las cortes? Cada proposición que sienta es un axioma inconcuso, y lleno de luz.

*Filósofo.* Yo no opino de ese modo; hay bellísimas cosas en el citado proyecto de constitución; y yo no conozco actualmente otra más sabia, ni más capaz de hacer la felicidad de una grande nación. En todo lo que dicen los políticos sobre el equilibrio de los tres poderes, hay más de imaginario que de real. Si un rey, en cuyas manos se deposita el ejecutivo, no tiene bastante autoridad para hacerse respetar y temer, es una estatua inútil a la frente de un pueblo. Éste, desimpresionándose poco a poco de las ideas de respeto y veneración en que estaba desde la tierna edad imbuido hacia la persona de un rey, le conceptuará en la clase común de los hombres, y se acostumbrara en poco tiempo a despreciarle. En todo hay peligros; y la constitución más admirable de que fuese capaz el entendimiento humano, estaría precisamente expuesta a ellos, si había de ser ejecutada por hombres; o si estos no recibían del cielo una garantía permanente contra las pasiones y los intereses que han arrastrado y arrastraran siempre a nuestra débil y desgraciada especie. Yo quisiera ver una constitución política, formada por esos declamadores ostentosos que vituperan la que se ha propuesto a las cortes de España. ¡Qué hermosa sería! Mas sobre todo, lo que más choca y escandaliza, es el sarcasmo indecente que el folleto arroja contra una corporación entera, y tan augusta y respetable, como es un congreso nacional. ¿Se creería que tales proposiciones pudiesen jamás salir de boca de un español? ¿Que éste no tuviese rubor de hacerlas imprimir y publicar en un país extranjero? ¿Y que después de tan escandalosos y negros insultos no dudase afirmar, que llora las desgracias de la Madre Patria, y que ama a los buenos españoles, y desea su felicidad? Yo dejo a los revolucionarios más ardientes y obstinados en su ideal sistema, que concilien extremos tan opuestos y contradictorios. Si pueden hacerlo, diré que podrán igualmente hacer un

cuadrado con tres ángulos.

*Entusiasta.* Bien esta; yo confieso que hay una contradicción absoluta y patente en muchas de sus proposiciones; y que la pasión le deslumbra, y le extravía, cuando trata de hechos particulares, y acrimina a individuos; pero ¿duda vuestra merced de que en las cortes, y en el ministerio español hay el juego más infame de las pasiones, y una ignorancia y atolondramiento, cual nunca se ha visto en otra nación?

*Filósofo.* No solamente lo dudo, sino que estoy convencido de lo contrario. Si fuera exacta la pintura que nos hacen del gobierno español, los envidiosos, los díscolos, y los partidarios de Napoleón, ya no existiría en parte alguna la libertad de España; y no veríamos a cada momento las acciones más brillantes y gloriosas en que se inmortaliza el valor y la constancia indomable de los generosos patriotas; pudiéndose decir, que de su sangre ilustre, derramada en todos los extremos de la Península, brota continuamente un enjambre hermoso de héroes que son el terror de las legiones soberbias del tirano. Así pues, nada concluye la sátira inmunda del folleto, cuando se ensangrienta procazmente contra las personas empleadas en el gobierno español, y quiere por este medio obscurecer la gloria de aquel pueblo el más virtuoso y valiente del mundo, y dar a entender que no hay para él ya ninguna esperanza de salvación.

*Entusiasta.* Yo veo muy poca; y cuidado, que admiro los esfuerzos y el carácter magnánimo de los españoles.

*Filósofo.* Yo lo tengo muy grande y muy fundada. Los males de la administración pública se pueden remediar; y en la escuela del error y de la desgracia se aprende y se perfecciona el arte de gobernar, y el de vencer.

*Entusiasta.* Sea en buena hora como vuestra merced lo pronostica. Yo me alegraría mucho. Pero ¿qué dice vuestra merced de Cano Manuel, Villafañe, el Barón de Antella,

Colombres, Santalla, y otros miembros del congreso, que parece son parciales decididos de la nueva dinastía? ¿Qué dice vuestra merced de Bardaxi, ese ministro de estado, que se comunica amistosamente con Urquijo, etcétera? ¿Puede haber esperanza de salvación con estas gentes a la frente del congreso y del gobierno?

*Filósofo.* Yo ignoro en que se funda esta terrible y negra acriminación; mas apostaría que es absolutamente falsa y calumniosa. Cuando Murat gobernó en Madrid a nombre de Carlos IV bajo el famoso nombramiento de lugarteniente del reino, todo el pueblo, y todas las autoridades le obedecieron, por que el venía autorizado por su monarca; pero esta ilusión duró poco tiempo. Estoy persuadido que la tacha y el delito que se atribuyen por el autor del folleto a los diputados de que habla, no tienen otro origen; y ya ve vuestra merced como es censurar sin razón, y sin saber lo que se dice. Por lo que mira a Bardaxi, yo se que nunca ha tenido amistad con Urquijo, y que ha dado pruebas constantes de su patriotismo, y de su odio a los franceses. Podía citar los inmensos trabajos y peligros a que se entregó para huir de Bayona; y todo lo que practicó en aquel pueblo enemigo para contrastar a los proyectos de Napoleón; mas yo sería difuso, y me cansaría en probar lo que sabe todo el mundo, y solo fingen ignorar los malévolos.

*Entusiasta.* No hablemos, pues, de hechos, por que yo veo que vuestra merced los desmiente; y no tengo pruebas para sostener su certeza. Pero dígame vuestra merced con sinceridad, y solo como filósofo; ¿No ha encontrado vuestra merced un tono de elocuencia grandioso, sublime, y patético en el exhorto o proclama a los americanos españoles con que acaba el manifiesto?

*Filósofo.* Yo no he hablado de esa obra por lo que mira a la composición y al estilo, sino en cuanto a las ideas y sentimientos que respira. Confieso, que en la proclama hay razones elocuentes; es el lenguaje de las pasiones, y éste, como sale siempre envuelto en

fuego, no deja jamás de producir un entusiasmo y una elevación brillante y deslumbradora. Pero en esta proclama descubre el autor el objeto principal y único de su manifiesto, que es seducir a los pueblos de América; estimular la vanidad y la ambición de los espíritus superficiales y fogosos; y encender por todas partes la hoguera espantosa de la revolución. Ved aquí su grande empresa; ved aquí porque abandonó a la Península, y vino de apóstol de la sedición a las regiones del Nuevo Mundo. Para dar un exterior de justicia o de conveniencia a sus máximas incendiarias y subversivas, comienza por calumniar y desacreditar al gobierno español, y por hacer creer, que la nación esta subyugada ya enteramente, o que no tardará mucho en estarlo; y quo en tales circunstancias deben todos los pueblos americanos aprovechar el tiempo favorable, y constituir su independencia absoluta, erigiéndose al alto rango de potencias o estados libres. Trata de esparcir el entusiasmo, y de engañar a los simples y crédulos con pomposas descripciones de la libertad civil y de la felicidad y gloria de que va brevemente a gozar toda la América Española, si toma sus consejos. Pero desconfiad, ¡oh pueblos! de estas promesas falaces y quiméricas; acordaos de lo que dice un sabio, que el interés habla todas las lenguas, y representa con artificio todos los personajes, sin omitir el de patriota, filántropo, y desinteresado.<sup>2</sup> Los que os predicán la revolución, no llevan otro objeto que el de hacer su fortuna en medio de las convulsiones y el trastorno político de vuestra constitución y gobierno. Leed siempre en la historia las calamidades y horrores en que sume a los pueblos este espíritu de vértigo que acalora a la imaginación de los revoltosos o regeneradores precipitados. Seréis infelices, si os dejáis seducir. Aún cuando la España se perdiese, nada aventurabais con esperar esta época. Os uniríais entonces a vuestros hermanos de Europa,

---

<sup>2</sup> L'intérêt parle toute sorte des langues, et joue tous les personnages, meme celui de desinteressé. ROCHEFOUCAULD.

que huirían precisamente de la esclavitud del tirano; y en la asamblea general de la América Española, oyendo el voto libre de todos los pueblos que la habitan, trataríais de regenerar y construir de nuevo el imperio español en el hemisferio de Colón, dándole una consistencia, una grandeza, y un esplendor, qua envidiarían todas las naciones del universo. He aquí el sistema que conviene a vuestros verdaderos intereses. Todo lo demás es ideal, funestísimo, o injusto. Cuidad de proveer a vuestras necesidades, pero de acuerdo con vuestros hermanos de Europa, cuyos intereses están identificados con los vuestros, y cuya gloria deba seros común. Cerrad vuestros oídos a los acentos lisonjeros de la seducción, y a todo lo que sea apartaros del orden, y de la paz y quietud doméstica. En estos desgraciados tiempos abundan genios ambiciosos y turbulentos; miradlos como vuestros mayores enemigos. Así lo espera el que no desea sino vuestra felicidad.

*Entusiasta.* Parece que vuestra merced gusta también de inflamar a las imaginaciones, y proclamar con el tono ardiente del entusiasmo. Siento que sea tarde, y que me vea obligado a separarme de vuestra merced en este momento.

*Filósofo.* La razón y la justicia en semejantes extremos hacen salir a cualquiera de su tono frío y sencillo. Diviértase vuestra merced, y cuando le sobre tiempo, no me escasee sus visitas, adiós.

*Entusiasta.* Lo haré con gusto; páselo vuestra merced bien hasta la vista.

La edición del tomo IV de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Carlos Cruzado Campos  
Raquel Güereca Durán  
Eric Adrián Nava Jacal  
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado  
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602